

El muñeco de nieve

¡Cómo cruje dentro de mí! ¡Qué hermosa escarcha! —dijo el muñeco de nieve—. ¡El viento, el viento mismo muerde! ¡Es un deleite! ¿Y tú por qué abres tanto los ojos, ojosaltos? —Hablaban así del sol, que justo se estaba poniendo—. Por lo demás, sigue, sigue adelante. ¡Ni siquiera parpadearé! ¡Resistiremos!

En lugar de ojos le asomaban dos fragmentos de tejas de tejado; en lugar de boca lucía un trozo de rastrillo viejo; es decir, también tenía dientes.

Vino al mundo bajo alegres «¡hurra!» de los muchachos, bajo el tintineo de cascabeles, el chirrido de los trineos y el chasquido de los látigos de los cocheros.

El sol se puso, y en el cielo azul apareció la luna, llena y clara.

—¡Mira, gatea desde el otro lado! —dijo el muñeco de nieve. Pensaba que era otra vez el sol que asomaba—. ¡Al fin logré acostumbrarlo a no clavarme la mirada! Que cuelgue allí y alumbre suavemente, para que yo pueda verme a mí mismo... ¡Ay, cómo quisiera ingenármelas para moverme de algún modo! ¡Echaría a correr hacia allá, sobre el hielo, a deslizarme como hicieron antes los muchachos! La desgracia es que no puedo moverme de mi sitio.

—¡Fuera! ¡Fuera! —ladró el viejo perro encadenado; estaba algo ronco, pues antaño había sido un perro de interior y dormía junto al horno—. ¡El sol te enseñará a moverte! Vi lo que ocurrió el año pasado con uno como tú, ¡y también el anterior! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Todos se han ido fuera!

—¿De qué hablas, amigo mío? —dijo el muñeco de nieve—. ¿Acaso esa ojosaltona me enseñará a moverme? —El muñeco de nieve hablaba de la luna—. Ella misma huyó de mí hace un rato; ¡la miré tan fijamente, directamente a los ojos! ¡Y ahora vuelve a arrastrarse desde el otro lado!

—¡Piensas demasiado! —dijo el perro encadenado—. Bueno, claro, ¡si apenas te acaban de moldear! La que ahora mira es la luna, y la que se fue es el sol; volverá mañana. Sí, él te empujará, ¡directamente a la zanja! ¡El tiempo cambiará! Lo siento: ¡me duele la pata izquierda! Cambiará, ¡cambiará!

—¡No logro entenderte! —dijo el muñeco de nieve—. Pero me da la impresión de que me auguras algo malo. Ese ojo rojo al que llaman sol tampoco es mi amigo, ¡ya lo presiento!

—¡Fuera! ¡Fuera! —ladró el perro encadenado, dio tres vueltas sobre sí mismo y se tendió en su caseta a dormir.

El tiempo, en efecto, cambió. Al amanecer, toda la comarca quedó envuelta en una espesa y pegajosa niebla; luego sopló un viento agudo y helador, y la escarcha comenzó a crujir. ¡Y qué hermosura cuando salió el sol!

Los árboles y arbustos del jardín permanecían cubiertos de escarcha, ¡como un bosque de corales blancos! Todas las ramas parecían vestidas con brillantes florecillas blancas. Las ramificaciones más diminutas, que en verano ni siquiera se ven debido al follaje denso, ahora se dibujaban claramente con un delicadísimo dibujo de encaje de cegadora blancura; ¡de cada rama parecía emanar un resplandor! El abedul llorón, mecido por el viento, parecía haber cobrado vida; sus largas ramas, con flecos esponjosos, se movían suavemente, ¡exactamente como en verano! ¡Qué magnificencia! Salió el sol... ¡Ah, cómo todo de pronto centelleó y ardió con tinyísimas lucecillas blanco-cegadoras! Todo parecía espolvoreado con polvo de diamante, y sobre la nieve refulgían grandes diamantes.

—¡Qué maravilla! —dijo una joven doncella que salió al jardín con un joven. Se detuvieron justamente junto al muñeco de nieve y contemplaron los árboles centelleantes—. ¡En verano no se ve tal magnificencia! —dijo ella, radiante de placer.

—¡Ni tampoco un mozo como éste! —dijo el joven, señalando al muñeco de nieve—. ¡Es incomparable!

La joven doncella rió, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza hacia el muñeco de nieve y echó a correr a saltitos por la nieve junto al joven; bajo sus pies todo crujía, como si corrieran sobre almidón.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó el muñeco de nieve al perro encadenado—. Tú vives aquí desde hace más tiempo que yo; ¿los conoces?

—¡Los conozco! —dijo el perro—. Ella me acariciaba, y él me arrojaba huesos; a éstos no los muerdo.

—¿Y qué representan ellos? —preguntó el muñeco de nieve.

—¡Una parejita! —dijo el perro encadenado—. Pronto se instalarán en la caseta y roerán huesos juntos. ¡Fuera! ¡Fuera!

—Bueno, ¿acaso significan algo, como tú y yo?

—¡Pero si son los señores! —dijo el perro—. ¡Cuán poco entiende quien apenas ayer salió a la luz del día! Eso lo veo en ti. ¡En cambio, yo soy rico en años y en

conocimiento! ¡Conozco a todos, a todos aquí! Sí, ¡he conocido tiempos mejores!... No he estado aquí tiritando de frío, atado a una cadena. ¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Qué hermosa escarcha! —dijo el muñeco de nieve—. Bueno, bueno, ¡cuéntame! Solo no hagas sonar la cadena, ¡porque me estremece!

—¡Fuera! ¡Fuera! —ladró el perro encadenado—. Fui un cachorro, un cachorrito pequeño y bonito, y yacía sobre sillones de terciopelo allá, dentro de la casa; yacía sobre las rodillas de nobles señores. ¡Me besaban en el hocico y me secaban las patitas con pañuelos bordados! Me llamaban Milka, Kroshka... Luego crecí, me volví demasiado grande para ellos, y me regalaron a la despensera; caí al sótano. Puedes echar un vistazo allá; desde tu lugar se ve perfectamente. Pues bien, ¡en aquel cuartucho viví como un señor! Aunque estaba más abajo, era más tranquilo que arriba: los niños no me arrastraban ni me estrujaban. También comía igual de bien, ¡si no mejor! Tenía mi propia almohada, y además allí había una estufa, ¡la cosa más maravillosa del mundo en tales fríos! Incluso me arrastraba debajo de ella... ¡Oh, todavía sueño con aquella estufa! ¡Fuera! ¡Fuera!

—¿Acaso es tan buena, esa estufa? —preguntó el muñeco de nieve—. ¿Se parece a mí?

—¡En absoluto! ¡Vaya ocurrencia! La estufa es negra como el carbón: tiene un cuello largo y una panza de cobre. ¡Devora leña sin cesar; el fuego brota de su boca! Estar junto a ella, debajo de ella, ¡es verdadera dicha! Se la ve por la ventana, ¡mira!

El muñeco de nieve miró y, en efecto, vio un objeto negro y brillante con vientre de cobre; dentro del vientre brillaba el fuego. De repente, al muñeco de nieve lo invadió un deseo tan terrible, que algo como si se removiera dentro de él... Qué le había ocurrido, él mismo no lo sabía ni lo comprendía, aunque cualquier persona lo entendería, si, por supuesto, no fuera un muñeco de nieve.

—¿Por qué te fuiste de allí? —preguntó el muñeco de nieve al perro; sentía que la estufa era un ser femenino—. ¿Cómo pudiste marcharte de allí?

—¡Tuve que hacerlo contra mi voluntad! —dijo el perro encadenado—. Me echaron y me ataron a la cadena. Mordí la pierna del hijito menor de los señores: ¡quería quitarme un hueso! «¡Hueso por hueso!», pensé para mis adentros... Pero ellos se enfurecieron, y acabé en la cadena. ¡Perdí la voz! ¿Oyes cómo raspo? ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ésa es toda la historia!

El muñeco de nieve ya no escuchaba; no apartaba la vista del piso del sótano, del cuartucho de la despensera, donde se alzaba sobre cuatro patas una estufa de hierro del tamaño del propio muñeco de nieve.

—¡Algo extraño se remueve en mí! —dijo—. ¿Acaso nunca llegaré allá? ¡Es un deseo tan inocente, por qué no habría de cumplirse! ¡Es mi anhelo más secreto, mi único deseo! ¿Dónde está la justicia si no se cumple? ¡Debo ir allá, allá hacia ella... Abrazarla cueste lo que cueste, aunque tenga que romper la ventana!

—¡Allá no puedes entrar! —dijo el perro encadenado—. Y aunque lograras llegar hasta la estufa, ¡sería tu fin! ¡Fuera! ¡Fuera!

—Mi fin ya se acerca; en cualquier momento caeré.

Todo el día el muñeco de nieve permaneció de pie, mirando por la ventana; al anochecer, el cuartucho parecía aún más acogedor; la estufa brillaba con una suavidad que ni el sol ni la luna podrían igualar. ¡Ni hablar! Así solo brilla la estufa cuando tiene llenita la panza. Cuando abrieron la portezuela, de la estufa surgió una llama que jugó con un resplandor vivo sobre el rostro blanco del muñeco de nieve. En su pecho también ardía una llama.

—¡No resistiré más! —dijo—. ¡Qué dulcemente saca la lengua! ¡Qué bien le sienta!

La noche fue larga, larga, pero no para el muñeco de nieve; él se sumergió por completo en sueños maravillosos, que crujían dentro de él a causa de la escarcha.

Al amanecer, todas las ventanas del piso del sótano se cubrieron de hermosos dibujos de hielo, de flores; el muñeco de nieve no habría podido desear nada mejor, pero ocultaron la estufa. La escarcha crujía sin cesar, la nieve crujió; el muñeco de nieve debería haberse alegrado y alegrado, ¡pero no! Añoraba la estufa. ¡Estaba positivamente enfermo!

—Bueno, ¡esa es una enfermedad peligrosa para un muñeco de nieve! —dijo el perro—. Yo también sufrí de esto, pero me recuperé. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Habrà un cambio de tiempo!

Y el tiempo cambió; comenzó el deshielo.

Sonó el goteo, y el muñeco de nieve se derretía a ojos vistas, pero no decía nada, no se quejaba, y eso es un mal signo. Una hermosa mañana se desplomó. En su lugar solo quedaba algo así como un palo de hierro curvado; fue sobre él que los muchachos lo habían asegurado.

—¡Ahora entiendo su añoranza! —dijo el perro encadenado—. ¡Dentro de él había un atizador! ¡Eso era lo que se removía en su interior! ¡Ahora todo ha pasado! ¡Fuera! ¡Fuera!

Pronto pasó también el invierno.

—¡Fuera! ¡Fuera! —ladraba el perro encadenado, mientras las niñas en la calle cantaban:

«Florecilla del bosque, ¡pronto ábrelate!

Tú, sauce, con suave...»

¡Vístete con plumón!

¡Cuculillos, estorninos, venid volando,

cantadnos la hermosa primavera!

¡Y nosotros os acompañaremos: ay, liuli-liuli,

¡nuestros hermosos días han vuelto a llegar!